

EL PENSADOR

El Comercio. 13 – XII – 2001

Jaime-Federico Rollán Ortiz

El pasado agosto quedé, una vez más, arrebatado por esa magnificencia, pienso que insuficientemente conocida, de los jardines valleiclanianos de la Fundación Evaristo Valle, que me embelesaran de niño, asomado entonces a ellos desde el umbral del enrejado de la puerta, en las tardes en que iba Somió -en aquellos tranvías amarillos que nos dejaban en la rotonda de Villamanín- con la visión de unas umbrías que parecían como arrancadas a un verso modernista de Rubén Darío. “Es la mansión de Valle”, me decía mi padre. Valle. Evaristo. El enorme pintor de Asturias.

En uno de sus rincones se encuentra, ahora, el paseante con una escultura de poderosa fuerza ciclópea, donde un joven escultor leonés ofrece una de sus obras más logradas: “El pensador”.

Su autor, Amancio González, expone estos días, hasta el 10 de diciembre, en la galería gijonesa Cornión, con una muestra, sino de gran amplitud, sí muy representativa de su arte, en este momento.

Es el artista que encuentra en la piedra o en la madera –los dos materiales más antiguos del mundo- la poderosa autenticidad. Cuánto latido del Curueño en esos nogales, esos chopos, esos olmos que llegan a sus manos...

Podríamos decir de él que es el hombre que habla con los troncos o con la roca –así lo siente- rescatando de su interior sus voces encendidas. Creando ámbitos de rotunda personalidad.

En Amancio González aparece -apuntado ya por el crítico de arte Eduardo Aguirre, con motivo de su exposición en la Fundación Vela-Zanetti- el milagro de enlazar lo ancestral con lo contemporáneo. Trabajador incansable -dice él- machadianamente bueno y humilde en la consciencia de su valía.

Su enorme e incansable búsqueda -mostrada en “El pensador” acogido al marco incomparable de los jardines de Somio- asoma en estas piezas de la galería gijonesa, con una temática que le apasiona: la figura humana del hombre “pretexto para un diálogo con la materia, comenta Ángel Antonio Rodríguez en el catálogo de la exposición.

El hombre se torna temática insistente y fundamental en su obra. En una entrevista que le hizo mi amiga la poeta y periodista Eloísa Otero pregunta por qué sus figuras son eminentemente masculinas. Es con las que Amancio encuentra la fuerza y la expresividad necesarias. El cuerpo femenino no parece encajar en ese poderoso expresionismo del escultor leonés, apasionado por Gargallo, Duchamp o por un Miguel Ángel de las tallas inconclusas, que ve tan distinto a las piezas inacabadas de Rodin.

Amancio González, perdido en un mundo que siente como apócrifo, desenraizado de la fe y de la ilusión, busca el rescate de esas claves desde una profunda vocación, en la que va

reencontrándose con la verdad, la suya propia, donde la perfectividad reside en su mismo inacabamiento.

Cada una de esas piezas, salidas de sus manos, ha conseguido su Finisterre: no se puede –no se debe- ir más allá.

Amancio González, en un enraizamiento con la poesía –qué buen amigo de poetas y pintores- que le arrastra a versos y a tallas, confiesa que un poema, un cuadro, una escultura, debe estar rematado hoy: un momento concreto e ineludible, que le determina. “Si siguiéramos trabajando en ese poema, nos duraría toda la vida”. Siente el arte como un nacimiento y como una plenitud continuados, y tal lo ofrece en esa exposición, bajo la titulación de “Continentes de emoción”. Que así lo sienta el visitante.